

aeroplano, ni las lámparas, ni la fotografía representan para él una adquisición segura.

No ignora cuantos cientos de años nos separan de Arquimedes, de Rogelio Bacon, de Galileo, por ejemplo; pero piensa que los principios descubiertos por ellos duraron el espacio de una mañana y no forman parte del tesoro del saber actual. A qué preguntarle entonces: ¿Son falsas ya las leyes de la palanca, de la reflexión de la luz o de las oscilaciones del péndulo?

Si la certidumbre reside en una esfera en que la inteligencia no penetra, ¿por qué dolerse por otro lado del desorden social? ¿Y cómo pedir ADORACION Y OBEDIENCIA?

Sin conocimiento, ¿a quién o qué se ha de adorar u obedecer?

¿Hase visto absurdo igual?

Muy distintamente y en nombre de un espiritualismo lógico, decía el jesuita P. Rozaven: «Si yo admitiera que la razón individual no posee en sí el principio de la certidumbre, me volvería escéptico al instante».